

DEL LEÓN DEL MEDIO SIGLO



Antonio Pereira (años 50)

El Real Aero Club de León, entidad deportiva, cultural y recreativa, como constar suele en las reglamentarias declaraciones de principio, habrá venido al mundo en una fecha determinada. No quiero saber el día de ese nacimiento, los datos exactos son un estorbo para quienes no guardamos las fidelidades del notario, el pundonoroso afán del secretario de actas. Escribo sobre una hoja de tono sepia, color Garay o Pepe Gracia, imaginando que lo hago desde el ventanal de un café que mirase a Ordoño II. Las municipales columnas del alumbrado van por el centro mismo de la avenida y no sabe uno si estorban o facilitan la convivencia perezosa entre vehículos y peatones. Sobre esto, se discute a veces. Pero nunca en los momentos mágicos del café-concierto. Hay un silencio de admiración para el virtuosismo cuando arrancan las inevitables czardas húngaras, un arrobo si los solos del pianista cristalizan en el estudio de Chopín que llamamos "Tristeza de amor".

Luego, a la caída de la tarde, la calle se irá llenando de savia nueva. Si bien se observa, comienza con unos indicios tímidos. Unas chicas que pasan cogiditas del bracete y que no tardando se las ve de vuelta, prueba de que no iban a ningún sitio. Donde mozas haya, mozos habrá. Es una progresión geométrica. Al rato no se da un paso. Ha empezado el paseo.

El rito diario, abierto, de centenares de chicos y chicas (no existía el 'botellón') tenía el correlato de los salones, populistas o aristocráticos. Se bailaba en el Tabique, en las sociedades que también contaban con lugares para el juego y la lectura de los mayores. Al final de la semana, cada sábado, el ambiente se abrillantaba con la llegada de los arrogantes uniformes de la Aviación, oficialitos con la paga reciente que animaban el Casino o el Tenis, los estrenos en el Mary.

Por entonces -desde luego, en la mitad del siglo- se concretó la afición de un

grupo de leoneses por los espacios del aire. Aprender a volar. Subir en aparatos que no llevaban armas mortíferas como ocurriera sobre España en años no lejanos. Bajo el emblema de las alas pacíficas, nació el Real Aero Club de León. Muchos no abordaríamos jamás la aventura de despegar -peor, pienso, lo de aterrizar- pero nos sedujo el efecto social y nos apuntamos a lo nuevo. Por los archivos andaré mi ficha, mi foto de rapaz con buen pelo, mis gafitas de miope de pisar tierra firme. Las otras sociedades de postín se mostraron amistosas, incluso prestaron sus salones para los primeros cabildos de los emergentes. Luego, los bailes del Aero, con mucho esmoquin y señoras de traje largo, ocurrieron en un solar engalanado o en los jardines del Universal, orilla fría del Bernesga.

Tales fueron nuestros comienzos. Más tarde, y ya en instalaciones propias, el esplendor. El menú del día -como en un club londinense- se ennoblecía con una firma: "Visto bueno, el Conde de Gaviria". La tanda memorable de conferencias ("Los escritores vuelven a casa"), los campeonatos y el intercambio con los Aeros de toda España... pero esto haría una crónica demasiado actual, sin pátina.

Antonio Pereira